

Alex Creus



Empatiapp



Empatiapp

Empatiapp 1a edición - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:

Alejandro Creus, 2018.

186 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-42-9416-6

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Empatiapp

CDD A863

Este libro fue impreso en La Imprenta Digital SRL. Talcahuano 940 Florida, provincia de Buenos Aires (www.laimprentadigital.com.ar). Se terminó de imprimir en Septiembre de 2018

Diseño de tapa: Grupo C&D – www.grupocyd.com.ar

Fotografía de tapa: Luiz Clas – www.luizclas.com

Gracias por comprar una edición autorizada del libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no producir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin expresa autorización. Al fin de solicitar los permisos se pueden dirigir al formulario de contacto en www.empatiapp.com

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

Este libro va dedicado a:

En primer lugar a Ud. estimado lector por haberse interesado en mi libro.

Luego:

A todas las personas, absolutamente anónimas, que con su vida llena de éxitos y fracasos, mediante sus pensamientos, sus acciones, sus trabajos, sus conciencias, sus palabras y silencios, sus alegrías y llantos, hacen día a día de este mundo algo mejor. Porque, sin duda, ellos son los héroes que mueven la maquinaria de la empatía que funciona desde el principio de la humanidad y serán los encargados de potenciarla en un futuro cercano.

Legales atemporales (leerlo para algo lo escribí...)

Es útil aclarar que tanto los personajes y hechos descritos en este libro son ficticios. Cualquier similitud con la realidad es mera coincidencia.

En otras palabras, si existen parecidos es pura obra maestra del azar, aunque Einstein (que “algo” más que yo, seguro sabía) creyera que Dios “no juega a los dados”. Como prueba mayor e irrefutable, los hechos de esta novela, transcurren en el futuro con lo cual no pueden estar sucediendo en este instante, ¿o sí?

Por ejemplo, este libro lo estoy escribiendo en mi presente para ti. Es decir tiene como destino tu tiempo y tu razón en un futuro. Mi presente, es tu pasado y como aún no lo terminaste de leer, en él está escrito lo que verás en tu futuro y cual destino inamovible, no lo puedes cambiar porque simplemente escrito está.

El libre albedrío tuyo, está basado en el desafío de seguir leyendo y en lo que hagas con el mensaje que el libro te pudo haber dejado, al finalizar su última página.

Como verás, un libro es una ensalada temporal, una poderosa y singular máquina de tiempo cuyos engranajes son la escritura y por ende no puedo asegurarte que los hechos y personajes aquí descritos, no sucedan o existan en un futuro próximo o lejano.

En este aspecto, los libros son interesantes. Revelan emociones y pensamientos estructurados que sobreviven al autor y en muchos casos han cambiado los destinos de la humanidad. No pretendo tanto, mi único interés es despertar tu emoción, tu curiosidad y por supuesto también tu empatía.

Es mi deseo que tengas buena lectura y pases momentos tan agradables como los que yo transité al escribirlo. Si alcanzo esto, el resto queda en las tenues alas de un frágil, muy remoto y extremadamente poco probable efecto mariposa, en manos del designio de alguien, que precisamente “no juega a los dados”.

Alejandro Creus

Este libro se terminó de escribir el 22 de septiembre de 2017, presentándose por primera vez en septiembre de 2018.

«Si quieres entender el Universo piensa en
energía, frecuencia y vibración»

“... no es más que cuestión de tiempo para que los hombres tengan
éxito en sincronizar su maquinaria con los engranajes mismos de la
naturaleza.”

Nikola Tesla

1856 - 1943

Capítulo 1 - ¡Empatía! Simplemente empatía

Italia - Junio del año 2000

Un chirrido de neumáticos, rozando sobre el gris asfalto de la pista de aterrizaje, me daba la bienvenida a Italia. Llevaba innumerables días viajando por Europa por cuestiones de trabajo y ya añoraba la vuelta a mi lugar en el mundo, Buenos Aires. El viaje estaba resultando pesado.

En esta última etapa, pasaría un tiempo en Milán, visitando a mi hermana, cuyo rostro ya podía divisar asomándose entre las personas que vienen a buscar pasajeros o a encontrarse con sus seres queridos, como era mi caso.

- ¡Hola! - esgrimí en forma automática y desgánadamente.

A pesar de quererla mucho, nuestra relación siempre había sido un tanto fría y la distancia de estos últimos años, había bajado aún más el termómetro. Dos años transcurrieron desde que ella abandonara Argentina por motivos laborales.

- ¡Hola Santino! ¿Cómo estás hermanito? - preguntó Claudia.

- Bien, como siempre.

Frente a esa pregunta, mi respuesta era redundantemente la misma. Podía estar parado en la cubierta del "Titanic", pero mi ego y frialdad, jamás permitirían un estado anímico que no se condijera con el optimismo irracional.

La charla de protocolo y ceremonial, se extendió en todo el camino del aeropuerto a su casa, como así también las galanterías de rigor.

- Te invito a cenar - le dije, a lo cual recibí una respuesta a la que no estaba acostumbrado.

- ¡No! Mejor comamos en casa, mañana nos espera un día largo, te organicé una sorpresa y además ya preparé la comida - contestó esbozando una sonrisa.

Miles de recuerdos invadieron mi cerebro en ese instante. Mi memoria, se conjugaba con su amiga la inteligencia, para definir un pensamiento estructurado basado en función de la experiencia, arrojando un solo resultado posible para el día que vendría y que ya, por ende, quería evitar.

Cada vez que mi hermana me había “organizado una sorpresa”, terminaba peleado con alguien, discutiendo, amargándome o simplemente implorando que el tiempo se diluyera rápidamente. Para ser sincero, me imaginaba dentro de un reloj de arena, atrapado y contando el polvo que se colaba por mis ojos y garganta. Una imagen claustrofóbica de un lapso temporal, que sabía no iba a durar más de 3 horas, pero estropearía las 48 siguientes.

Fue así, que la maldita rotación terrestre, catapultó el nuevo día y luego de una ducha reparadora, me encontraba listo para afrontar los designios del destino, que en este caso llevaba el nombre de mi hermana.

- ¿Estás listo para la sorpresa? – preguntó con una alegría inusitada.
- Siempre - respondí con el tono cortante que mis molestos pensamientos gestaban.

Subimos al automóvil y comenzamos a transitar un camino de colinas y valles que ocasionalmente se topaban con lagos. Debo admitir que la paisajística, aflojaba temporariamente mis oxidados temores.

Tras unas dos horas de viaje, viramos bruscamente hacia un sendero que nos conducía a un pueblito. Claudia detuvo el automóvil frente a un taller mecánico, del cual salió un hombre de unos 45 años gritando el nombre de mi hermana y extendiendo sus brazos.

La abrazó fuertemente y luego rotó hacia mí haciendo lo propio y estrujando mis costillas. Volvió a girar y dándome la espalda dijo en su ya molesta y alta voz.

- ¡Sígueme, vamos rápido para casa!

Subió a su automóvil, arrancó y comenzamos a seguirlo.

- ¿Quién es este tipo? - pregunté con sorna. - ¿De dónde lo sacaste? Ni siquiera me dijo su nombre y ya me está organizando la vida.
- Calmate - contestó Claudia con una pausa de mesura que no la identificaba. - Su nombre es Lucio y está muy emocionado en conocerte, le hablé mucho de vos y ... -

Claudia seguía hablando pero yo no la escuchaba. Cual trágico teorema, yo había elaborado mi hipótesis y su correspondiente tesis. La demostración no tardaría mucho en desarrollarse, pasaría un día con su nuevo novio y la correspondiente familia, lo que definimos en Argentina como un “soberano embole”. Me llamé a silencio, dispuesto a esperar que el reloj de arena comenzara a marcar el tiempo. Mientras, observaba como Lucio efectuaba diversos llamados desde su celular, al tiempo que conducía imprudentemente quién sabe dónde.

Diez minutos más tarde, ambos automóviles, paraban frente a una casa de la cual repentinamente salieron unas 10 personas, entre ellas una viejita de unos 88 años que se desplazaba trastabillando y con su voz quebrada sólo emitía reiteradamente dos palabras...

- ¡Gracias Dios! ¡Gracias Dios! ¡Gracias Dios!

Se acercó, me abrazó, se quebró en llanto y depositó un beso sobre mi mejilla, despertando una extraña e irresistible sensación de calidez, tal vez parecida a las caricias y besos que mi “nonna” me daba cuando iba a visitarla.

Sin querer soltarla, manteniéndola entre mis brazos, giré la cabeza hacia mi hermana demandando por algún tipo de explicación.

- ¿No entendés nada verdad? – preguntó Claudia con lágrimas de alegría - ¡Se cumplió el ciclo Santi! Se cumplió el ciclo... y empieza otro – añadió con seguridad tras una breve pausa.

Italia – Principios de Abril de 1945

La Alemania nazi ocupaba Italia y las persecuciones ideológicas, políticas, religiosas y de cualquier otro orden eran moneda corriente.

Mi abuelo Gustavo, junto a su esposa Erminia, cuidaban celosamente de mi madre, Silvana. Cada día era importante, cada día que pasaba era un canto a la esperanza, a la supervivencia. Algo para agradecer a Dios en medio del infierno.

La única alternativa para seguir adelante era rezar. Sí, orar para que la guerra terminara, que una bomba no cayera sobre su cabeza, o que los fascistas y nazis no entraran en su casa.

Gustavo iba más allá de una oración. Él era un hombre católico practicante, comprometido con la vida y nada cambiaría su ideal de justicia y libertad. Trabajaba en una fábrica de telas como jefe de mantenimiento de la maquinaria y luego del horario laboral montaba en su bicicleta y se dirigía al hospital a cuidar a los enfermos u heridos y por último a su casa para encontrarse con su familia.

Amaba disfrutar de lo cotidiano y era un ser respetado por sus vecinos. Su más cercano era David, con quien compartía muy gratos momentos, ya que poseían estructuras familiares parecidas en edades y composición, es decir una esposa de nombre Sarah y una hija llamada Milena.

Gustavo conocía la activa participación de David en la resistencia “partigiana” italiana, que en esa primavera, ejercía la máxima presión contra las tropas alemanas. Pero si bien era el principio de la caída del nazismo, ellos no estaban dispuestos a irse sin cobrar más víctimas.

Fue así como las SS, tendieron un cerco en torno de David, quien ante la presión de ser atrapado, buscó escapar hacia la frontera suiza.

- ¡Nos vamos Gustavo! Si nos quedamos nos atrapan y ya sabés lo

que eso significa. Quedarme es arriesgar a mi familia demasiado.
– comentaba David con un nudo en la garganta.

- La frontera no es segura. Los alemanes tienen cercado cada paso de conexión de la ciudad. Si ya saben de vos, sin dudas van a caerte encima en los puestos de control. Más que escapar necesitas esconderte y rogar porque esto termine pronto – replicó mi abuelo.

Sin mediar palabras ni tiempos, Gustavo, ayudaba a empacar a la familia de David con lo justo y necesario. Los albergaría en el sótano de su casa hasta la noche, para luego conducirlos a un cuarto de máquinas en la fábrica de tejidos, al cual sólo él accedía por la tarea que desempañaba.

Los alimentos llegarían desde el comedor de la fábrica por las mañanas y las cenas desde la cocina de mi abuela Erminia. El baño, sería un balde con tapa hermética que se vaciaría a la noche, cuando la oscuridad del lugar, permitiese a David y su familia estirar las piernas y caminar con libertad en su diario encierro.

Tres días más tarde, las SS entraban en la casa de David y registraban hasta el último rincón. Se llevaban los objetos de valor, que como señuelo, habían dejado plantados para que los buitres de turno saciaran su sed de requisa. Terminado el saqueo, interrogaron aleatoriamente a los vecinos y finalmente se fueron dejando a su paso destrozos y desprecio.

Las noches se sucedieron y la huella del tiempo trazó su curso hasta el 25 de abril.

El 25 de Abril, no sería un día más. Los alemanes se retiraban del norte de Italia. Mi abuelo fijó su mirada en una pequeña flor que asomaba entre el adoquinado de las calles.

- El pasto es más verde hoy... y las flores ya lo saben – murmuró.

Tomó su bici y recorrió en tiempo record esos 800 metros que noche tras noche había transitado. Bajó las escaleras corriendo,

dirigiéndose al cuarto de máquinas. Su cara era una sonrisa y sus húmedos ojos marrones brillaban, alumbrando la oscuridad del lugar.

El largo pasillo de la entrada que conducía al cuarto oculto, se inundaba con un amable grito que el eco insistía en repetir...

- ¡David! ¡Se acabó! Terminó todo, se fueron ¡Somos libres!

La puerta se abrió de par en par, dejando expuestas las siluetas de los tres ocupantes. No eran siluetas comunes, eran enormes brazos abiertos insertados en cuerpos humanos que corrían a sellar el destino de fundirse en un abrazo.

- Te debemos... - comenzó a esbozar David sin poder terminar la frase, tras ser bruscamente interrumpido por mi abuelo.

- Me deben una cerveza – completó Gustavo.

El lugar se llenaba de risas y dos palabras comenzaban a ganar terreno ayudadas por el eterno eco. Las palabras provenían desde el alma de Sarah y eran bellas, simples y sinceras:

- ¡Gracias Dios! ¡Gracias Dios! ¡Gracias Dios!

Italia – Julio de 1946

Mi abuelo recibió una carta, es de Argentina. Un puesto de trabajo prometedor lo espera si decide aceptarlo. Argentina, ese lugar del que todos hablan, donde sólo hay crecimiento y las industrias florecen, el país donde los campos se extienden más allá del horizonte. Un lugar donde las carnicerías regalaban el hígado pues se considera alimento para mascotas. Allí el trigo crece casi como un yuyo, la manzanilla florece entre las vías del tren, las tierras las regalan y tantas cosas que se dicen pero no se saben si son ciertas.

La decisión estaba tomada, sólo seguiría la despedida, el desarraigo y una nueva vida.

Llegó el día. El barco partía desde Génova rumbo al nuevo mundo.

En el muelle, otra vez las tres siluetas, esta vez con los largos brazos caídos, abatidos. David se acercó a Gustavo, le estrechó su mano fuertemente y le dijo:

- Nunca te lo pregunté, nunca me dejaste preguntarlo ¿Por qué lo hiciste? ¿Qué te llevó a escondernos? Pusiste en riesgo a tu propia familia... ¿Por qué?
- Empatía le dicen. Sólo hice lo que había que hacer. Me puse en tu lugar, en tu piel... nada extraordinario, cualquiera hubiera hecho lo mismo. Era lo natural, no soy un héroe. Acepté humildemente ofrecer la ayuda que mi corazón proponía. Era lo que debía realizar por alguien próximo, por un amigo y su familia.

Gustavo, lo estrechó fuertemente del hombro, se dio vuelta y comenzó a transitar de la mano de su esposa e hija el camino que conducía del muelle hacia el barco.

Sarah, en un último intento por atar el fino cordel que une las despedidas, cruzó la valla de ingreso ignorando la advertencia de los controladores de puerto. Se apresuró a ir hacia ellos mientras gritaba:

- ¡Gustavo! ¡Erminia! Esperen. Necesito que me prometan algo – exclamaba agitada.

Mis abuelos giraron y serenando con caricias a Sarah, se aprestaron a escucharla cariñosamente.

- Esto no puede terminar así. Prométanme que nuestros hijos y los hijos de sus hijos mantendrán viva esta amistad. Prométanme que haremos lo imposible por vernos nuevamente. Prométanme que este no es el final de un ciclo sino el principio de otro mejor.
- Sarah. Confíemos en Dios – dijo Gustavo, mientras observaba como el controlador de puerto, le pedía amablemente que se retirara de la zona de embarque, esa área que misteriosamente se había transformado en la zona de promesas.

Esa fue la última conversación que tendrían. Los paralelos y

meridianos separarían definitivamente sus destinos pero las cartas que intercambiarían de por vida, se harían cargo de eliminar la distancia. Ellos aún no lo sabían.

Italia – Junio año 2000

Sarah continuaba abrazándome. Su grito de agradecimiento y alegría se había transformado en escasos murmullos.

- ¡Gracias Dios! ¡Gracias Dios! ¡Gracias Dios!

El ciclo de la vida superaba a la muerte, el de la cercanía a la lejanía, el de la juventud a la vejez, el de la proximidad al distanciamiento. Durante su radicación en Italia, Claudia había contactado a Lucio, el hijo de Milena, el nieto de Sarah. No era su “noviecito” como yo pensaba, era su amigo, su eterno nuevo amigo. David había muerto años atrás, casi al mismo tiempo que nuestro abuelo.

La historia detrás de la amistad, era desconocida por nosotros. Mi abuelo le había prohibido a nuestra madre que la mencionara, porque simplemente era un angustioso recuerdo de los años de guerra que no valía ser contado. El hecho le fue develado por Sarah y su familia a mi hermana, quien ahora me lo transmitía.

Cenamos al estilo “italo-argentino”; es decir, como si fuera la primera y última vez en la vida. Las pastas como “primo piatto” y como “secondo e principale” habían querido agasajarme con un “asado argentino”. Jamás en mi vida comí unas carnes tan mal hechas, casi estropeadas por el fuego fuerte, pero a su vez tan apetecibles, ricas y sabrosas. La noche terminó en festejos, risas, alegría.

Argentina – Enero 2017

Mientras ordeno papeles de trabajo, casi recostado en el sillón del escritorio, suena mi Skype. Es Pablo, mi sobrino italiano, que me quiere saludar desde Milán.

- ¡Hola Tío! ¿Cómo estás? – preguntó Pablo con un tono cordial, esbozando un Castellano básico, lleno de acento italiano.

A lo lejos diviso a Lucio, que realiza el típico saludo itálico de “chau” al abrir y cerrar su mano. En la pantalla se cuela su hija, Ana. Están todos reunidos. La conversación es breve, sobran las palabras.

Pablo, con la vitalidad aportada por sus 10 años, sale corriendo fuera del alcance de la cámara, tomando de la mano a Ana. Se los ve unidos y felices.

Saludo a todos y corto la comunicación. Tomo de la heladera de mi estudio, un porrón de cerveza casera que elabora un amigo mío. Me siento. Estiro mi cuerpo en el respaldo del sillón y apoyo mis piernas sobre una banqueta.

El sol del verano entra por el escritorio. Bebo un sorbo del frío y dorado néctar, atestado de amargo lúpulo y sabrosos malteados. Mientras lo disfruto, pienso en Pablo. ¿Qué será de su vida? ¿Qué desafíos le presentará el futuro? Ésa, será otra historia.

En el aire flota la música que escucha mi vecino y que sin mediar permiso, entra suavemente por la ventana.

Backstage Capítulo 1
empatiapp.com/cap1
scan o clic sobre QR

